

ESPECTÁCULOS

ANDERS Y FORD, PASIÓN DE DÉBILES

GABRIELA ANDERS Y ROBBERN FORD
Patio Central del Conde Duques.
Los Veranos de la Villa 2002. Madrid.

Algunos puntos de cocción interpretativa y algo más de fuste en la voz le hacen falta a la artista argentina Gabriela Anders para seguir enseñoreándose con la música brasileña, género en el que abundan las cantantes con pegada sensual y sugerente. Aunque Gabriela aborda también formas híbridas entre el pop y el jazz, la cadencia brasileña es lo que más abunda en estos primeros años de su carrera. Su interpretación de «The Girl of Ipanema» dejó bien claro que todavía hay distancia para poder medirse con Astrud Gilberto. Estuvo acompañada por un grupo de esos con tendencia a mezclar mucho, con ilusión por hacer larguísima solos. Esperemos que en su próximo álbum «Cool Again», del que ofreció algunas piezas, el asunto de Gabriela vaya madurando.

Buena sangre

Madurez no le falta al californiano Robben Ford en su función de «guitar hero» blusero. Lo que le falta es voz. Nadie es perfecto. Este artista que interpreta el jazz y el blues de forma natural es un intérprete dúctil —como atestigua su paso por la «fusión» de los Yellow Jackets y sus trabajos de guitarrista a sueldo para George Harrison, Miles Davis, Kiss o Joni Mitchell—. Robben, agarrándose a la vena del blues, se hace buena sangre. Saludó al gran «blues man» B.B. King, porque algo de la huella de ese omnipresente maestro hay en su punzante forma de tocar; también hace uso del afinamiento cortante de Buddy Guy, pero sin llegar a los acuchillamientos de George Thorogood y algunos otros hermanos «destroyers».

En los pedales de Robben Ford, el «wha-wha» y otras invenciones de Jimi Hendrix. Sólida como siempre su sección rítmica, con Roscoe Beck al bajo y Tom Brechtlein a la batería. El trío se ha enriquecido últimamente con el órgano Hammond de Neil Larsen, que aporta tórridas bocanadas de «soul» y juguetea por el lado derecho de las teclas con las maneras vehementes del cómico Jerry Lee Lewis al piano. Gabriela Anders y Robben Ford: dos aplicados trabajadores pero con la pasión de los débiles.

Pedro CALVO

EL LEÓN DE BELFAST Y LA MARAVILLA ORQUESTAL

Van Morrison y la Mingus Big Band triunfaron en la jornada más esperada del Festival de Vitoria

FESTIVAL DE JAZZ DE VITORIA
Van Morrison. Mingus Big Band. Polideportivo de Mendizorroza. 17-VII-2002.

Un polideportivo completamente abarrotado respaldó el doble concierto que se resolvió como una noche verdaderamente triunfal. Bien puede pensarse que el gran reclamo era Van Morrison, pero el mismo público atraído por éste supo mantenerse en la plaza y disfrutar una colosal big band de jazz moderno. Rythm and blues y jazz compartieron cartel en perfecta armonía, y tanto triunfó el viejo león irlandés como la orquesta dedicada a la interpretación de la música de Charles Mingus.

Nunca defrauda

Se habían vendido todas las entradas el primer día. Van Morrison cuenta con incondicionales y nunca defrauda. Este irlandés bien caucásico es uno de los verdaderos campeones de la música negra y a todo imprime su propio sello personal. Y la sorpresa vino cuando la banda arranca en escena y el cantante no es Morrison, sino Chris Farlowe, leyenda viviente del rythm and blues británico. Él mismo presentó su segundo canto, «The thrill is gone», uno de los blues más solicitados del maestro B. B. King.

Y el León de Belfast ya está listo para salir a escena, empuñando el saxo alto, y enseguida lanza su voz que desde el arranque aparece templada como las campanas de las catedrales. Está rodeado de una impecable banda, un sexteto de músicos capaces, y no hay instante en el que



Potente rugido. Van Morrison conquistó al público de Mendizorroza

se registre un mínimo bajón. Morrison canta nuevos y viejos éxitos que el público reconoce en su inicio, como «Moondance». Farlowe vuelve a salir a escena para cantar en

dúo «Sometimes we cry», y Morrison da instrucciones de su propio micro, tan alto como para distorsionar gravemente el sonido de su armónica cuando la hizo sonar. Lue-

go, una intro puro «hard bop» para «Sitting on the top of the world». Para bis reservó su éxito más popular, «Gloria». Cada vez que acude Morrison rinde la plaza. Luego siguió la maravilla orquestal de la Mingus Big Band, que logró hacer vibrar al público que abarrotó el Polideportivo de Mendizorroza con la misma intensidad. Son los herederos oficiales del legado del contrabajista Charles Mingus, avalados por su viuda, Sue Mingus, que permite que el actual contrabajista, Boris Kozlov, empuñe el instrumento que usaba el gran maestro fallecido en 1979.

Vitalidad

El saxofonista Alex Foster es el actual director musical de la banda compuesta por catorce instrumentistas y ha conseguido la vitalidad y la espontaneidad que definen la obra mingusiana, y ello en formato de big band. Entre sus solistas, gentes tan destacadas como el trombonista Ku-umba Frank Lacy, también afortunado cantante, y el tenor John Stubble Field, un músico que merece mayor reconocimiento. No así el también tenor Craig Handy, que estuvo bien opaco en la maravilla que es la canción «Good bye pork pie hat». La música de Mingus, de «Haitian fight song» a «Boogie stop shuffle», sigue resultando tremendamente moderna. La velada acabó más allá de las tres de la mañana con los músicos de la Mingus Big Band uniéndose al trío de Bill Charlap en el hotel Canciller Ayala.

Javier de CAMBRA



«Crooner». Ferry repasó sus éxitos

BRYAN FERRY SÍ QUE SABE ELEGIR

BRYAN FERRY

B. Ferry (voz y armónica), C. Spedding (guitarra), M. Green (guitarra), J. Wetton (bajo), P. Thompson (batería), C. Good (piano y teclados), J. Thornton (violín y oboes), L. Wilkins (percusión, teclados y coros) y C. Mercer (saxo y coros). Los Veranos de La Villa. Conciertos Conde Duques. Madrid. 17-VII-2002.

Oh, sorpresa. Quien se esperaba un concierto pulidito y pulcro se debió llevar una sorpresa. Bryan Ferry metió polvo y sudor a sus canciones y, de pronto, su repertorio en directo ganó en espectacularidad y chispa. ¿Por qué? Para la ocasión había elegido dos pistoleros de leyenda, dos guitarristas legendarios, como son Mike Green y, sobre todo, el gigante Chris Spedding. Entre ambos, y bajo la di-

rección, claro está, del jefe, lograron satisfacer a casi todos, tanto a los entregados como a los más escépticos.

Porque quienes fueron a escuchar una sesión de «greatest hits» vieron saciados con creces sus deseos. Sonó todo lo que ha convertido a Ferry en un sofisticado «crooner» de primera, desde los tiempos de Roxy Music hasta hoy. «Love is the drug», «Do the strands», «Dance away», «Slave to love»... Sólo faltó «Avalon».

Más decepcionante e incomprensible fue su renuncia casi total a presentar canciones de su último trabajo, «Frantic», quizá su álbum más coherente e interesante en años. De él sólo rescató «Fool for love» y las versiones de Dylan. Y aquí se entra en el

terreno de las osadías. Porque Ferry en esto nunca se ha cortado, para bien y para mal. Hasta tres canciones de Dylan repasó. Si en «It's all over now, Baby Blue» o en «Don't think twice, it's alright» se admite el riesgo, más desafortunada es su frívola revisión de «A hard rain's a-gonna fall». Más ventaja saca con la sensible «Jealous guy», de Lennon, o con el clásico de r'n'b «Let's stick together». Un sabio que se rodea de sabios es dos veces más sabio. Y Ferry acierta al rodearse de Spedding y Green. Ni siquiera los ochenta minutos cortos del recital sonaron a poco. Ferry sabe elegir para contentar a todos.

Alberto BRAVO